

El retorno de las ideologías

JOSÉ LUIS PINILLOS*

ALLA por los años cincuenta, recién terminada la II Gran Guerra, un viento de esperanza sacudió la conciencia del mundo. Derrotado Hitler, iniciada la reconstrucción de Europa, levantada la bandera mundial de la enseñanza y de la comunicación entre los pueblos, se pensó que el tiempo de las ideologías había quedado atrás para siempre. El mito nazi del siglo XX se había reducido a cenizas en el mismo horno crematorio que sus víctimas, y la paloma de Picasso parecía volar hacia un mundo mejor, donde la humanidad podría fundar científicamente el orden social y elevar su conciencia hasta la universalidad de la razón, a través de una educación *urbi et orbi*. En otras palabras, la hora de la Modernidad parecía haber sonado al fin en el reloj de la historia, y en el seno de la nueva humanidad ilustrada, liberada por la ciencia de sus viejos prejuicios y temores irracionales, no quedaba ya lugar para unas ideologías retrógradas, que comprensible, aunque erróneamente, por aquel entonces se creían patrimonio exclusivo del fascismo. Derrotado éste, quedaba abierto el libre ejercicio de la razón política, que pronto reemplazaría a los cantos de sirena de unas ideologías, cuyo ocaso ya se había iniciado con la derrota de los regímenes totalitarios.

Las cosas no sucedieron, sin embargo, como se pensaba, aunque reconozco que por aquel entonces había razones para el optimismo. Como quiera que fuese, quizá porque la vocación profética se apodera a veces de los sociólogos, el caso es que hubo uno muy nombrado, Daniel Bell, que anunció solemnemente el fin de las ideologías (*The End of Ideology*, Glencoe, 1960). El tema cobró cierta actualidad durante un tiempo —en España, Fernández de la Mora escribió *El crepúsculo de las ideologías*—, para luego desvanecerse a medida de que los hechos no acababan de ajustarse a la profecía. Lo que pasa es que como en esto de las profecías —ya lo demostró Leo Festinger— los hechos no cuentan demasiado, sigue habiendo gente empeñada en volver a la tesis del fin de las ideologías. Peter Bender, por ejemplo, se despachó no hace mucho con un libro —*Das Ende des ideologischen Zeitalters*, 1981— que al pronto da la impresión de tener la fecha equivocada.

No sé. Hubo un momento en que el Concilio, la nueva frontera americana y el revisionismo de Kruschef alimentaron la llama de la esperanza en un hombre nuevo, inmune a la

* Bilbao (Vizcaya). 1919. Catedrático de Psicología de las Universidades de Valencia y Madrid. Académico de la Real de Ciencias Morales y Políticas.

manipulación ideológica, capaz de darse destino de acuerdo con su propia razón. Me temo que ese cambio no se ha producido. No se ve por ninguna parte esa sociedad de la comunicación pura, a lo Habermas, que podría emancipar a las masas. Antes bien, como hacía notar hace poco Karl Dietrich Bracher en su importante monografía sobre el tema (traduc. ingl, *The Age of Ideologies*, Weidenfeld & Nicholson, 1984), lo que ocurre es que mientras más arrecia la crítica de los intelectuales contra las ideologías políticas, mayor es la efectividad con que los gobiernos las manejan y más grande es la fuerza con que se apoderan de las masas. Tengo para mí que, en efecto, este forcejeo entre la desideologización por un lado, y la reideologización por otro, constituye una innegable realidad de nuestro tiempo, que probablemente se inició a la vez que se perdía el optimismo de los años cincuenta: Berkeley, Vietnam, el mayo francés y todo lo demás. A partir de entonces, el horizonte se tornó más sombrío y de nuevo las ideologías comenzaron a recuperar el terreno perdido, y a ganar, incluso, posibilidades que antes no tenían. En cualquier caso, sucediera o no así, a última hora esta es la línea de pensamiento en que Raymond Boudon, el conocido sociólogo de la Sorbona, sitúa su reciente libro sobre las ideologías (1).

El libro del profesor Boudon es ágil, brillante, cartesiano en sus razonamientos, incisivo en sus críticas, divertido en el tratamiento que da a algunas insensateces de la izquierda divina, y sumamente original en su interpretación racionalista del hecho ideológico: aunque también, todo hay que decirlo, de vez en cuando sorprenda por sus curiosas ausencias bibliográficas —Bell, Bracher, Schaff, Birnbaum—, que en una persona de su indudable cultura no pueden atribuirse a ignorancia. De otra parte, la verdad es que el libro está repleto de notas a pie de página, de sugerencias y observaciones inteligentes, que hacen su lectura agradable, y ciertamente provechosa. Sin duda, además de mucha sociología, Raymond Boudon sabe escribir. Es un hombre de ciencia, un *human scientist* que todavía no se siente a gusto en la barbarie.

La obra está dividida en tres partes: dos principales, y una tercera de estudio de casos, más breve que las anteriores. En la primera de ellas, se ocupa el autor de poner claridad y forma en el vaporoso y disperso concepto de ideología. Tratándose de una noción tan confusa y que ha hecho correr tantos ríos de tinta, considera Boudon indispensable ponerle un cierto cerco definitorio, que la delimite, que la contradistinga de otras nociones próximas y, a la par, subraye sus notas principales, ponga en claro los orígenes del fenómeno ideológico, revise los tipos de explicación que de él se han dado, hasta llegar, finalmente, a ciertas conclusiones que fijen la cuestión en términos manejables.

No cabe duda de que este objetivo lo cubre el libro muy razonablemente. Por los cuatro capítulos primeros desfilan,

(1) *L'Idéologie. L'origine des idées reçues.*
París, Fayard, 1986

en efecto, convenientemente anotadas, las teorías clásicas de Marx, Lenin, Durkheim, Pareto, Max Weber, Sombart y otras más recientes —como las de Mannheim, Parsons, Shils, Aron, Geertz, Polanyi, Althusser, Habermas y el consabido etcétera—. Todo este análisis, que no es fácil, lo realiza Boudon de una forma ingeniosa e inteligente. La lectura de estos capítulos me imagino que puede ser sumamente útil para el lector no especializado, ya que en ellos salen a relucir de una forma u otra todos los problemas básicos del campo, o casi. Boudon está de acuerdo con Althusser, en que las ideologías pertenecen orgánicamente a la realidad social, que las segrega como uno de los ideoelementos para su actividad. La propia historia de la palabra "ideología" —sus comienzos con Cabanis y el resto de los ideólogos— indica que ha servido para expresar la aspiración moderna de poder pensar y fundar científicamente el orden social. La ideología se distinguiría, no obstante, de la ciencia, no sólo porque en ella la función práctico-social prevalece sobre la función teórica o de conocimiento, sino, asimismo, porque contiene elementos salvíficos, seudoreligiosos, que la ciencia habría rechazado. De ahí que, a diferencia del conocimiento científico, las ideologías utilicen juicios de valor, causas finales, jueguen con las luces y las sombras de la alusión-elusión, sirvan para enmascarar psicológicamente las contradicciones, oculten unos aspectos de la realidad y abulten otros, de tal modo y manera que reduzcan las incertidumbres y tensiones de la gente, orienten su comportamiento y legitimen las acciones y omisiones del sistema político correspondiente: aunque sea a costa de la objetividad del propio conocimiento científico sobre el que en apariencia reposan.

Por descontado, las ideologías pretenden distinguirse también de otros sistemas de creencias colindantes —los mitos, por ejemplo, o las concepciones del mundo—, puesto que, a diferencia de los demás sistemas, son unas síntesis doctrinales de pretensión totalizante, marcadas por unos criterios que el autor, siguiendo a Shils, cifra en ocho: 1) el carácter explícito de su formulación; 2) la voluntad de nuclearización o agolpamiento en torno a una creencia positiva, o a una normativa; 3) una voluntad de singularización frente a otros sistemas de creencias; 4) una actitud de clausura y resistencia frente a toda innovación; 5) la naturaleza intolerante de sus prescripciones; 6) una promulgación apasionada; 7) una exigencia de adhesión incondicionada, y, finalmente, 8) la asociación de todo ello con los instintos encargados de reforzar y realizar las creencias en cuestión.

Ahora bien, lo realmente distintivo y original del pensamiento de Boudon sobre las ideologías no consiste, por supuesto, en esta revisión de puntos de vista ajenos. Lo que presta un interés especial al libro es la lectura racionalista, o por lo menos racional, que en su segunda parte se hace del fenómeno ideológico. La cuestión estriba, se nos dice, en que las teorías clásicas que cargan la mano en la irracionalidad de

la ideología, y acentúan su desconexión respecto de lo verdadero y de lo falso, dejan sin explicar por virtud de qué regla de tres unas creencias tan irracionales se creen tanto. A Boudon no le parece que esto ocurra porque los hombres seamos irracionales hasta ese punto. Entiende el profesor Boudon, y en buena medida lo demuestra, que existen otras formas más sencillas de dar cuenta de los hechos, o sea, de explicar por qué suelen parecernos tan irracionales precisamente las creencias ajenas y no las nuestras. Por lo pronto —menos mal— a Boudon no le convencen las habituales y socorridas apelaciones al inconsciente sin más. Tampoco entiende este notable sociólogo francés, que los intereses económicos u otras conveniencias materiales transtornen el juicio hasta el extremo de hacernos ver lo blanco negro, y lo negro blanco. No cree, como proponía Sartre, que la falsa conciencia crea creer lo que no cree, pero no crea lo que cree creer. El sociólogo no está por esas. Sin negar la posibilidad de que en los procesos ideológicos haya que contar con mecanismos de defensa, pulsiones, deseos, motivaciones, intereses y demás sentimientos que ayuden a disimular la viga en la propia creencia y a no tolerar la paja en la ajena, Boudon sostiene, no obstante, una teoría claramente intelectual, donde los factores cognoscitivos llevan la voz cantante. La teoría de este profesor francés presenta algunas interesantes similitudes, aunque él parezca ignorarlas, con el perspectivismo y la teoría de la razón histórica, de Ortega. Según el autor de *L'Ideologie*, la racionalidad de estos sistemas de creencias es siempre relativa a una situación determinada: de modo y manera que cuando uno se sale de la situación a que hacen referencia, las ideologías pierden su sentido. Por ello, vistas desde fuera suelen resultar absurdas o manifiestamente falsas. La clave del arco estriba, claro es, en 10 que el autor entiende por *situación*. Es un concepto complejo, en el que Boudon reúne diversos elementos: de un lado, lo que llama efectos de *posición*; de otro, los de *disposición*. Los efectos de disposición no hacen sino trasladar al dominio de las ideas fenómenos que resultan evidentes en el terreno de la percepción: por ejemplo, los efectos de perspectiva. Evidentemente, El Escorial no es el mismo —retomo el ejemplo de Ortega— visto desde la silla de Felipe II que desde el jardín de los frailes o desde la herrería, porque el punto de vista *es* uno de los componentes de la realidad accesible a los humanos. Y ello, tanto en el conocimiento intelectual como en la percepción.

Por las razones que sean, Boudon acude a Husserl, en vez de a Ortega, a la hora de desarrollar su teoría de la situación. Echa mano para ello de unas formas *a priori* —históricas y biográficas, no trascendentales—, que en definitiva son las que guían la percepción y la intencionalidad de los "actores sociales", o sea, de la gente, *situándola* de una determinada manera, que puede o no ser conmensurable con la situación de los demás. Semejantes formas serían *a priori* no en un

sentido trascendental, sino el de unos marcos de referencia recibidos, unos esquemas que la sociedad pone a disposición de quienes están en una posición determinada. Ambos elementos, la disposición y la posición, compondrían, en esencia, la situación relativa respecto de la cual toda ideología es razonable.

Ello significa, para concluir, que la racionalidad relativa que Boudon atribuye a las ideologías es muy distinta de la universal y abstracta que proclamaba el racionalismo: pero tan propia del hombre como ella. A fin de cuentas, los seres humanos vivimos inevitablemente en situación, esto es, en alguna posición y disponiendo siempre de algún marco histórico de referencia que dé sentido a lo que nos entra por los sentidos. Con la agravante, no hay que olvidarlo, de que la producción de esas formas está hoy a disposición de los que poseen el control de los medios de comunicación. De todo lo cual, en definitiva, se concluye, y aquí he de dejar el asunto para otra ocasión, que las ideologías no sólo desempeñan una función permanente en la vida humana, esto es, no son meros estadios transitorios de un desarrollo que los dejaría atrás con el paso del tiempo, sino que por el contrario su poder se incrementa a medida que, en la sociedad de masas, la información vence a la formación. Por ahí es por donde el *"establishment"* cuele sus mejores goles manipulati-vos a las élites que se revuelven contra la ideología.

Pero este es un tema que nuestro autor no tenía por qué tocar, y que queda pendiente para otro comentario. De momento lo dejaremos en que las ideologías han regresado del exilio y es preciso leer a Boudon.